

EL DIA
DE UN MISIONERO,

Por Luis Venillot.

TRADUCIDO

POR D. JOSÉ SARDÁ, ABOGADO.

MÉXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y Compañía.

Escalerillas núm. 21.

1874.

CONOCÍ al abad Planson, ya anciano, ó por mejor decir, extenuado; pues que su vida tan larga por las obras, fué en realidad bien corta. Murió antes de los cincuenta años; pero no habia en Francia una sola poblacion que no hubiese evangelizado; y ¿qué campiña atravesó, qué iglesia hubo en la que habiendo entrado para orar no hubiese anunciado la palabra de Dios? En la tierra regada con los sudores del abad Planson germinaron y crecieron abundantes frutos, humildes delante del mundo; pero preciosos delante de Aquel que creó las almas. Lo que él hizo solo Dios lo sabe; nosotros no podemos siquiera imaginarlo.

Poseía un don particular para abrir los corazones, para atraerlos, para encaminarlos al trabajo de la caridad. En todas partes fundó sociedades de beneficencia, no filantrópicas, pues tenia horror á esto, sino católicas, dedicadas principalmente á las necesidades espirituales de los desgraciados, de las que no se acuerda la filantropía. Cuando existian ya esas sociedades, las reformaba, las

dejaba al partir mas cristianas, mas ricas, mas sólidas. A esto llamo yo hacer un bien que no puede imaginarse. Porque se sabia en cuántos lugares y cuántas veces predicó, cuánta gente áconvirtió, cuántos consoló, á cuántos salvó en el artículo de la muerte; pero esto nada seria: faltaria saber cuántos otros son y serán exhortados, convertidos, consolados, librados de sus pecados en la hora suprema, por las obras que tras él dejó, llenas de su caridad. Esto es incalculable. Jamás tuvo otra propiedad que su breviario y su sotana, é hizo construir mas de veinte iglesias, mas de cincuenta casas de refugio; jamás gastó treinta sueldos en su comida, é invirtió millones en beneficio de los pobres.

Era mas ingénuo que un niño, y hablaba de sus trabajos sin sospechar que hubiese hecho alguna cosa. Viendo únicamente la misericordiosa intervencion de Dios en todo lo bueno que sucede á los hombres, no tenia en cuenta el instrumento de que Dios se dignaba servirse, mayormente cuando era él este instrumento. Aprovechéme de su sencillez. Desde nuestra primera entrevista le hice contar cosas maravillosas. Tomo al azar, de entre mis recuerdos, la relacion de uno de los dias del misionero en Paris, donde habia ido para descansar, atendiendo á diversos asuntos de su Comunidad. ¡Pudiese yo, relator fiel, comunicar á los que han conocido al santo, algo de aquel dulce y candoroso acento con que movia los corazones. Le dejo hablar.

„Fuí por la mañana temprano á ver un pobre hombre, cuya admision en una especie de hospital particular, fundado por personas que no cono-

cia, habia podido conseguir el dia anterior. ¡Almas santas! Qué dirémos nosotros á Dios cuando nos mostrará estos devotos láicos? Mas luego que en alguna parte hay un hospital, no faltan pretendientes que se ponen á la puerta para entrar. Habia atravesado Paris diez veces, sin haber podido hacer admitir mi candidato. Importunaba á los excelentes fundadores, los cansaba hasta el punto de darme vergüenza; otros en su lugar me habrian echado: por fin, vacó una cama y se me concedió. Ya tuve al pobre hombre bien colocado, bien cuidado, en buen aposento; una Hermana de la caridad para servirle, un capellan celoso en la casa para confesarlo, para administrarle los Sacramentos. Si Dios le concede su curacion, tendrá una capilla donde podrá oír misa todos los dias durante su convalescencia, y fortalecida su fé cuando salga; si muere, todas las proporciones para morir como un santo. No le compadezco. Mi caro amigo, los hombres que tienen horror al hospital no consideran que es como la puerta grande del Paraíso: ¿hay en el mundo un lugar excepto los conventos, donde se tenga mayor seguridad de morir bien? no es menester mas que quererlo. ¡Aquellas Hermanas tienen una gracia para preparar para la muerte!... Cuando veo pasar una camilla, digo: ¡Gloria á Dios! otro predestinado!

“No era esto todo: mi enfermo tenia una niña, que no dejaba de embarazarnos; acordéme de ella al ir á decir misa. Felizmente debajo del portal de San Sulpicio encontré á una señora en que se me hizo reparar la víspera, y que en efecto era digna de llamar la atencion: la condesa de*** que

en el espacio de cuarenta años ha criado y salvado mas huerfanitos que niños hizo morir el cruel Herodes. Una fé de santa, un valor de apóstol, un corazon . . . ¡solo puedo compararlo al corazon de María! Su tiempo, su fortuna, su vida, todo lo ha dado. En su casa se ven siempre . . . ¡ah! ¡qué espectáculo! mas de cien niñas que ella mantiene, viste y educa, que nunca abandona. Presentéme á ella y le dije:

—“Señora, tengo una niña de siete años, un pequeño querubin; su madre no existe, su padre está en el hospital; no tiene pariente alguno ni otra persona que yo en el mundo, ni otra esperanza que Dios y vuestra bondad. Os lo suplico, encargaos de esa niña.

—“¡Ah! señor abate, no sabria dónde meterla. Todas mis camas y todas mis cunas están ocupadas.

—“Ya lo sé, señora; ¿pero qué será de ella si la rechazais? Estamos precisamente en tiempo de Navidad. Hace un frío cruel y penetrante. Señora, proseguí, en nombre de José y de María, despedidos de las posadas de Belen, en nombre de Jesus, pobre y desnudo en el pesebre, admitid á mi niña.

—“¿A quién tengo el honor de hablar? me preguntó la buena señora.

—“Hubiera querido yo ser cardenal.

—“¡Ay! dije, á un pobre misionero, que no tiene ninguna recomendación para vos; pero esa tierna criatura se recomienda por Jesus crucificado. ¡Ved qué frío hace! En cuanto á mí, soy el abate Planson, misionero.

—“¿Creeréis, mi amigo, que me conocia?

—“¡El abate Planson! dijo, debia haberlo sospechado. Dios no quiere que os desatienda. Pasad á mi casa á las tres de la tarde. No tengo puesto desocupado, pero con la ayuda de Dios hallaremos uno en cualquier parte.

“Fuíme á decir misa muy contento, lleno el corazon de acciones de gracias al Niño Jesus, porque, merced á Dios, he visto siempre llegar la Providencia á tiempo para sostener á los que no tenían apoyo; nunca he dudado de un milagro cuando he creído que era necesario para los desgraciados, y nada me sorprende de lo que Dios hace; pero nada de lo que él hace se realiza sin que me maraville y deje mi corazon henchido de reconocimiento, cual si viese á mi divino maestro manifestar por vez primera su misericordia. Esta es la vida del clérigo y del misionero: ningun hombre ha sido mas dichoso que yo en la tierra.

“Concluida la misa y mi accion de gracias, empecé á sentir que tenia necesidad de comer un bocado. Llevaba mucha prisa. Acércase á mí una jóven en la iglesia. La reconocí por haberla dirigido cinco ó seis años antes, durante una mision bastante larga. Buena criatura, alma cándida, genio alegre y encantador.

—“¡Vos por aquí, mi cara Luisa!

“Pues la habia visto tan jóven que la llamaba así con toda franqueza, no pensando en el tiempo que habia transcurrido.

—“Ya no me llamo Luisa, me respondió, soy la señora *de tal*.

—“Y se echó á llorar. Luego, presentándome una criaturita rosada y hermosa como un ángel, dijo:

—“¡Benedicid á mi hijo, y que sea mas feliz que su madre!

“Luisa iba bien vestida; su semblante triste no anunciaba, por otra parte, enfermedad ni miseria, y la criatura rebosaba salud. Comprendí de qué se trataba: matrimonio desacertado; llaga terrible, para cuya curacion apenas tenemos remedio!

“En efecto, un músico, un poeta, un no sé qué, un hombre sin reputacion y sin talento, segun se asegura vos lo conoceis tal vez, mas no puedo nombrarlo, se enamoró fatalmente de la cándida Luisa, se hizo amar por ella, y no pudiendo sin duda reducirla, la habia tomado por esposa. La infeliz rehusó á un honrado jóven que la llo-
ra todavía, y que ella tiene el dolor de echar hoy á menos. En fin le pregunté si su marido le habia abandonado.

—“¡Ay! me contestó, ha hecho peor. A menudo se me pasan muchos dias sin verlo y trae á casa

“El llanto le impidió continuar. Me estremecí al considerar lo que podia pasar en el corazon de aquella jóven.

—“Hija mia, continué, ¿permaneceis fiel á la Religion?

—“¡Padre mio, replicó soy tan desgraciada y Dios me prueba de un modo tan horrible! Vengo algunas veces á llorar á esta iglesia, pero he descuidado todo lo demas. Mi fé es muy débil. M*** es completamente impío. De mi misma desgracia saca argumentos contra la Religion, que he escuchado demasiado. Ayer le reprendí por haberme olvidado. “¡Hago, me dijo, como tu fiel Jesus; pídele que me devuelva á tí!”

“Por fin, ella me confesó que desde la Pascua no se habia acercado á los Sacramentos, es decir, hacia casi un año, y que no tenia director.

—“Es menester que os confeseis, le dije.

—“¡Sí, Padre mio! replicó con un valor admirable; ya es tiempo.

“Entregó su hija á la arrendataria de las sillas y la confesé en seguida. ¡Ah, solicitud de mi buen Señor, que no quiere se descarrien sus ovejas y que el rapaz lobo las devore! Fuéme muy fácil hacer aceptar á aquella pobre mujer todo el rigor de sus deberes, y despues de confesada le dí la Comunion. Al pobre enfermo Dios habia dado un asilo; á la huerfanita, una madre; al alma atribulada, combatida, se dió El mismo con una superabundancia de fortaleza y de fé, que la puso en disposicion de afrontar el peligro y soportar le peso de su destino.

“La niña de Luisa no habia sido bautizada. Su marido fué tan cruel, que la atemorizó, no queriendo que su hija fuese atraida al cielo por el lazo sagrado que nos salva. Juraba que materia al sacerdote que se atreviese á bautizar á la niña. Comprenderéis que la amenaza no me intimidó gran cosa. Decidida Luisa á arrostrarlo todo, la envié á su casa, dándole cita para la iglesia al medio dia, acompañada de una madrina. Sobre el padrino tenia yo formado un pensamiento que á ella le parecia impracticable. Vais á ver cuánta es la bondad de Dios.

“Corrí Tomé un birlocho para ir mas de prisa; corrí al barrio del Marais, y en una casa negruzca, al último piso, encontré una especie de viejo Flamand que parecia no tener otra ocu-